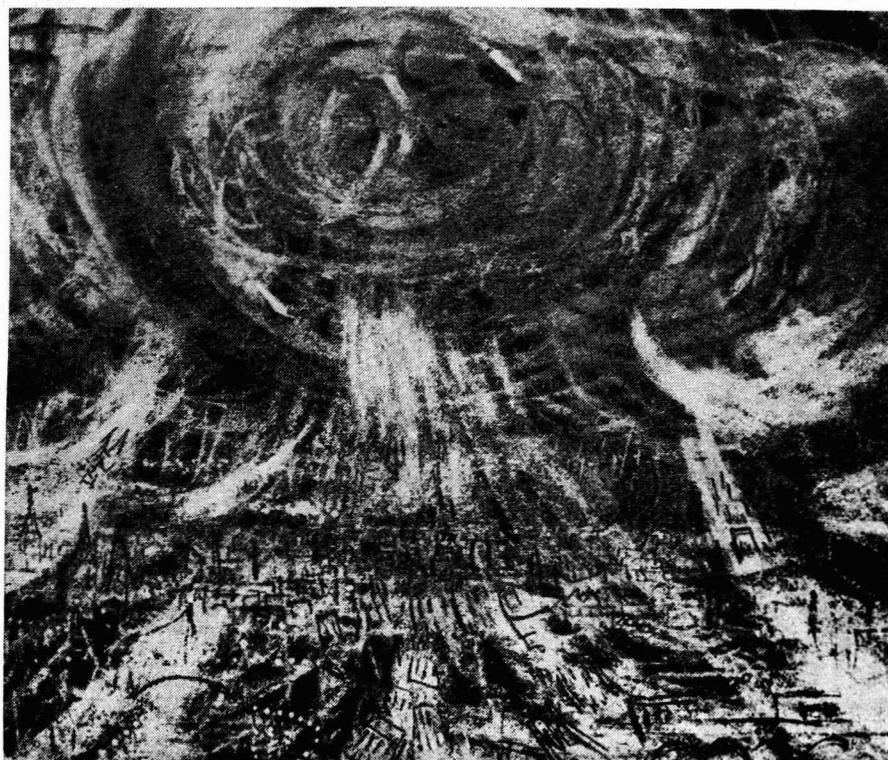


La feria de los días



DECÍAMOS AYER

Hace varios años esta página registró el clamor universal en contra de las pruebas nucleares, entonces llevadas a cabo, fundamentalmente, por las potencias occidentales. Y citó unas frases de Albert Schweitzer: "Estamos cometiendo una locura, una insensatez." Es indispensable decir hoy, ante los estallidos experimentales en la Unión Soviética, que tal posición no ha variado. El mal no deja de ser mal porque lo propicia B en lugar de A. Provenga del campo occidental o del soviético, el daño causado a los intereses del género humano será injustificable. Todo esto, aunque obvio, urge proclamarlo en alta voz. Y así lo hago.

LOS QUE CALLAN

Hay muchos que prefieren callarse. Me refiero a quienes durante los últimos años han insistido en el peligro de semejantes experimentos, y ahora, aduciendo motivos de orden político, no han vacilado en relegar sus previas razones a un intencional olvido. Por mi parte, rehúso acompañarlos en la adopción (enajenada y enajenante) de dos pesas y dos medidas. Es más, me parece que esa actitud, por burdamente

contradictoria y deshonesta, no engaña a nadie ni a nadie aprovecha.

LOS OTROS FARISEOS

Al mismo tiempo, ¿cómo no denunciar públicamente el fariseísmo opuesto? El de los antiguos defensores de la bomba, que ahora advierten de modo súbito sus riesgos. El de cierta prensa que ayer aplaudía, exculpaba y aun enaltecía la fabricación de las propias armas contra



las cuales hoy, solazándose en su perpetua oratoria de baja estofa, nos pone en guardia. Mañana, si las cosas vuelven a cambiar, ellos volverán a clamar lo contrario. Como si nada.

ES UN CRIMEN

En la atmósfera o debajo del suelo, blancas o rojas, preténdanse admoniciones o fúndense en supuestas necesidades de represalia, las explosiones nucleares constituyen un parejo crimen contra la humanidad.

CON LAS MISMAS PALABRAS

Hoy como ayer, y con las mismas palabras, *La Feria de los Días* recoge el anhelo de un mundo angustiado:

Nadie tiene derecho a capitalizar semejantes inquietudes en provecho de un credo sectario. Pero nadie, tampoco, tiene derecho a desentenderse de ellas. Es el decoro humano lo que está en juego. Más aún: la existencia misma del hombre sobre la tierra. No vale, pues, encogerse de hombros. Ni pretender que aquí no ha pasado nada y que el universo seguirá, como quiera, su inevitable marcha.

—J. G. T.